

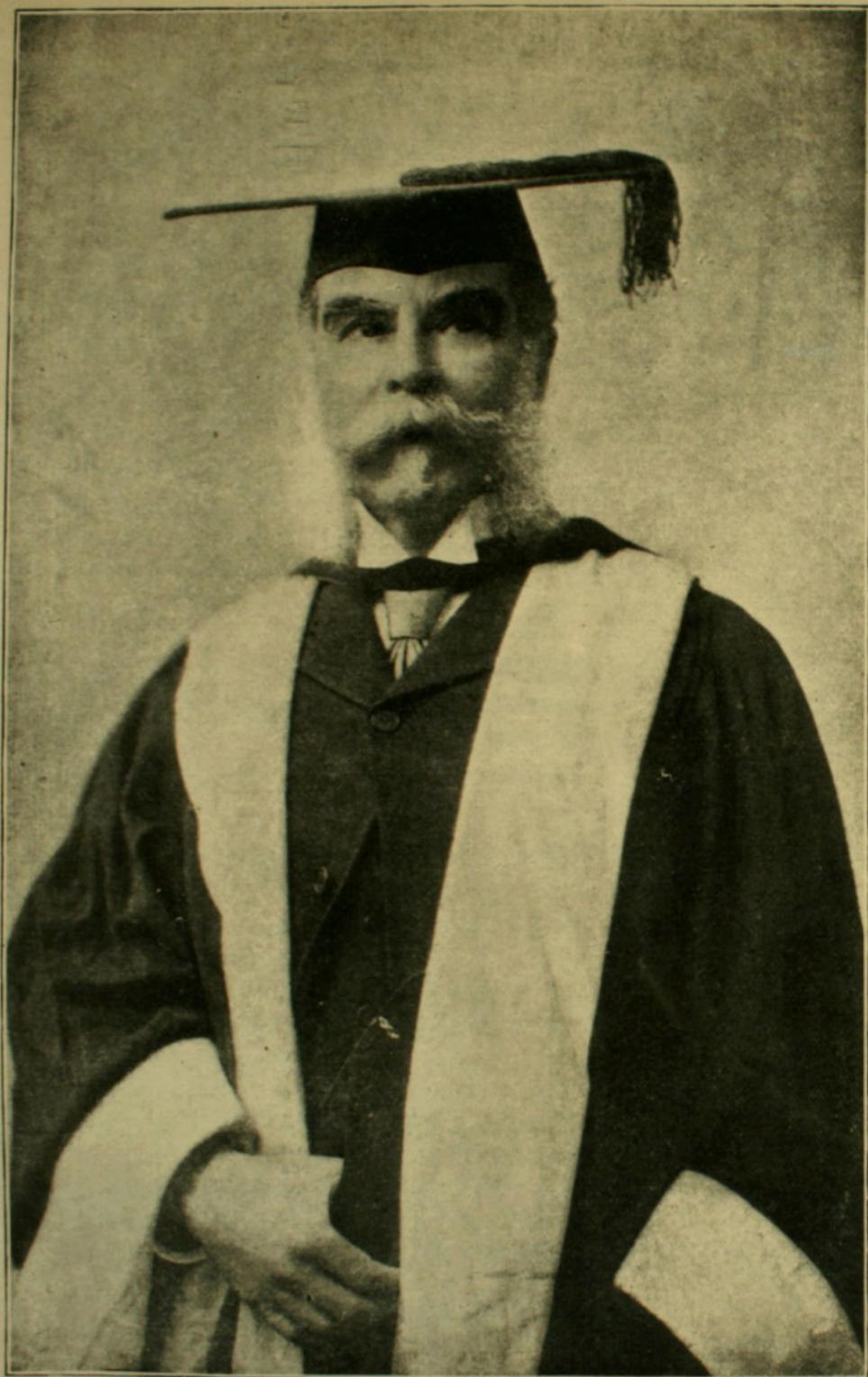
# PACIFICO

## MAGAZINE

Stbre.  
1915

Precio:  
UN PESO





M. Martinez



# Don Marcial Martínez

## RECUERDOS DE SU VIDA

Por \_\_\_\_\_

Armando Donoso

Ilustraciones fotográficas

Sólo, entre los ocho mil volúmenes de su biblioteca, observando a través del cristal de su experiencia nuestra vida cívica, don Marcial Martínez siente deslizarse los años magníficos de su vejez estoica cual uno de aquellos patricios romanos que tras una existencia brillante se reclufan en el silencio perfumado de una villa, lejos de las palpitaciones de la urbe civil y más cerca que nunca de la Civitas Dei de los filósofos. Distante de su hijo primogénito, desgarrada la paz del hogar con la temprana muerte de la compañera de su vida, y sólo guardado por el afecto de su hija, don Marcial Martínez es un escéptico para los extraños y un epicúreo espiritual para sí mismo: hondamente decepcionado de sus contemporáneos, ha dejado de creer en la política y en la buena fe de los que hoy la practican en nuestro país. Las lecciones de su experiencia le han obligado a ser egoísta y a darse por entero a la lectura: en cuanto se refiere a los goces del estudio, a las emociones del arte y al puro cultivo espiritual es un optimista fecundo que piensa con Kierkegaard en la eterna juventud de comprender y de sentir. Ignoro por qué honda correlación de ideas cerca de él he recordado las admirables ancianidades de Bismarck, de Gladstone y de Thiers: pasadas todas las agitaciones que han sacudido una vida dada por entero a la política, al foro y al estudio, la paz de los últimos años tiene la virtud de un bálsamo. ¡Cuánta verdad no encierra el símbolo del Cándido de Voltaire, que tras hondos quebrantos e inquietudes, se recluye a cultivar su predio en el fondo de su huerto! Después de la fatiga de una labor constante y ya conquistados los mayores honores que un hombre puede alcanzar, sienta bien el reposo de la senectud: el varón que ha llegado a ella con el espíritu limpio y el corazón copioso, tiene derecho para sentir la sana alegría del viajero que, habiendo repechado el empinado sendero de la montaña, alcanza el límite soñado y allí descansa mientras observa el

camino recorrido, las asperezas, los peligros y el verde prado que se quedó muy lejos, perdido en la lejanía. También la juventud puede aparecérsese al hombre proveccto como la fresca campiña que antes cruzara: ¡tan sólo ahora que se encuentra en la cima la recuerda con la nostalgia del que cruzó con demasiada rapidez su césped fresco! Sin embargo, cuando esa mocedad ha sido la de un estudioso a quien las horas le sorprendieron siempre inclinado sobre el libro o junto al laboratorio, entonces los veinticinco años suelen recordarse con santo orgullo, porque la juventud ha dejado de significar una locura para ser el comienzo de una de aquellas epopeyas paralelas que Plutarco evocó en la vida de sus héroes.

En vano buscaríamos entre las de nuestros hombres públicos una existencia más brillante que la de don Marcial Martínez: una vida en la que todos sus triunfos se los debió a su voluntad y a su inteligencia, sin tener que recurrir nunca a los fáciles halagos de los poderosos, a las claudicaciones espirituales, ni a esos medios tan socorridos de los pusilánimes, que acortan todos los caminos. Desde los comienzos fué la suya una vida intensa, de activísima acción y de elevada integridad moral. Templó su carácter en la lucha del "self-help", aprendiendo a mirar cara a cara la vida y a creer que todo lo que se quiere se puede cuando están al servicio de un espíritu bien cultivado todas las virtudes morales e intelectuales que hacen de cada hombre un triunfador.

Muchas veces hemos llegado a su bufete, sorprendiéndole en sus horas de trabajo y ha querido nuestra suerte propicia que nos recibiera siempre con un gesto amable. Leyendo constantemente, entre sus libros inseparables que se hacían tras él en los anaqueles de las estanterías, que cubren las mesas, ocupan las sillas, llenan todos los huecos, se alzan en pirámides en los rincones, se amontonan junto a los muros,

asoman donde quiera que haya un espacio libre, encontramos a don Marcial absorto en la página de un volumen. Cuando por vez primera nos aventuramos a interrumpir su labor, don Marcial se ocupa en leer por centésima vez en su vida, un libro de Emerson; otro día advertimos sobre su mesa de trabajo "La génesis del siglo diecinueve", de Chamberlain. Como nuestros ojos se abstraen más de lo necesario repasando los títulos que están estampados en la portada de dicho libro, don Marcial nos dice:

—Estoy leyendo a este pícaro, que tiene mucho talento. ¡Es uno de los que sostie-

te. Sus años de vida no pesan sobre su intelecto; conserva la vital frescura de los veinte años; su memoria es un prodigio de precisión; su claridad de juicio sorprende por lo exacta en cuanto se trata de hombres e ideas distantes; su verba cálida deja ver el cristal transparente de su buen decir; sus apreciaciones variadas, sus argumentaciones sólidas, la oportunidad de tal cual cita hablan de la amplitud de su cultura y de la universalidad de sus estudios.

Se engañan quienes han creído advertir en el severo aislamiento suyo una forma de estéril orgullo. Como todo hombre de es-



La sala de trabajo de don Marcial: en primer lugar se ve el busto de Bello y en el fondo retrato al óleo de algunos miembros de su familia.

nen la superioridad del *pangermanismo*!... Me interesa, a pesar de sus errores... que no son pocos.

Milagro viviente de energía espiritual, a pesar de sus años, don Marcial Martínez mantiene siempre viva la llama de su inteligencia privilegiada. No se da tregua en su afán de conocer todo lo que se publica en el extranjero: algunas de las instituciones doctas de Europa y América, de las cuales es miembro, le envían constantemente periódicos, libros, prospectos, boletines y cuanto brota de sus prensas. Y él lo lee todo, se impone de todo, le agrada estar al día en el movimiento jurídico, científico y filosófico de las Universidades, de las Academias y de cuanto centro prestigioso exis-

tudio, ha gustado del severo retraimiento: desde el fondo de su biblioteca ve pasar la vida con ojo atento e interés particular. Desprecia, con sobrada razón, la vaciedad insolente de casi todos nuestros políticos: huye de ellos porque, con escasas excepciones, son flacos de entendimiento, horros de cultura y exuberantes en mezquinos egoísmos. Les mira con desdén, porque viven a la sombra del halago y al amor de una esperanza que les dará honores y provecho antes que bienestar y progreso para los ciudadanos que representan. Por eso hemos encontrado profunda razón y amarga tristeza en sus palabras cuando nos dice:

—Muchas, frecuentes veces me han ofrecido carteras ministeriales, pero no he que-



Don Marcial en uno de sus paseos matinales.

rído descender a aceptar tales puestas con que hoy día se pagan los favores políticos, sin reparar en el merecimiento de las personas.

Cuando, después de conversar largamente con don Marcial Martínez, escuchando atentos sus juicios interesantísimos sobre hombres e ideas de nuestros tiempos, nos arriesgamos a solicitar que deseáramos porle recordar reminiscencias de su vida de estudiante, episodios de aquella lejana época de promedios de la pasada centuria, don Marcial olvidó su tranquilidad y con voz airada replica:

—Bien le sientan las confesiones a las mujeres o a los actores. Yo vivo tranquilo, no me ocu-

po de nadie y deseo que me dejen en paz. Que se exhiban los que tienen qué exhibir... Hace poco no más estuvo a verme un periodista; lo recibí porque soy ligero de corazón y pensé que no hacía él más que obedecer a un mandado y que tal vez le iba en ello su empleo. Pero, he aquí que por hacer un bien me hice un daño, pues ese periodista me hizo decir que yo no leía nada de Julio Zegers, cuando ni siquiera mencioné a Zegers por una razón muy sencilla: sólo leo de la prensa de aquí lo que se refiere a noticias del extranjero. No me alcanzaría mi tiempo si quisiera leer los periódicos chilenos y todo lo que recibo del exterior: diarios, revistas, libros. Hace un instante, cuando usted llegó, leía a Emerson, y cuando no es un libro de éste, son otros: de Aristóteles, de Michelet o algún cuaderno de la Yale Review. Mi tiempo lo consagro enteramente a estas lecturas, al estudio de otras materias o a las consultas frecuentes que vienen a hacerme. Así pues, no puedo ni quiero destinar la mejor parte de mi tiempo a soportar interrogatorios o a recibir a los periodistas; sobre todo cuando éstos siempre dirán todo lo contrario de lo que oyen y no harán otra cosa que acarrear sinsabores que se pueden evitar fácilmente. Mi hermano, el militar, que fué un gran táctico y era un hombre

sencillamente modesto, no toleraba jamás a los periodistas: un día llegó a su cuarto un señor Figueroa, autor de un libro, creo que un diccionario, a pedirle datos de su biografía para su obra. Mi hermano no sólo no se los dió, sino que lo hizo abandonar rápidamente la pieza, amenazándolo con gesto airado. Esta es la razón por qué no figura en esa publicación él, que era un militar distinguido.

Poco a poco vamos comprendiendo lo que significa el fondo ásperamente sincero en don Marcial Martínez. Hombre que ha visto muy de cerca las debilidades de sus contemporáneos, que ha vivido en las épocas más azarosas de la República, que desprecia la comedia política representada por hombres mediocres, ha llegado a una edad en que la experiencia y el estudio le permiten expresarse con ruda franqueza a pesar de que ello pueda rozar finas epidermis y amores propios muy sensibles. Sobre los hombres de antaño, como sobre las figuras de hoy expresa su juicio desprovisto de temores: ni Portales, ni Errázuriz, ni Pinto, ni Santa María, ni Balmaceda, se le aparecen proyectados a través de la historia sobre el solio de grandeza que historiadores indulgentes les han erigido. Antes bien, don Marcial, que conoció de cerca a la mayoría de ellos, tiene sus motivos más fundados que otro cualquiera para fundar sus juicios sobre el particular. Liberal de la más



Retrato de don Marcial tomado en Inglaterra, cuando era Ministro ante el Gobierno de S. M. B.

una cepa y por sobre todas las cosas espíritu docto, discute a Portales como gobernante, recuerda que era hombre de una incultura crasa y que sustentaba la convicción del gobierno autoritario y la ley del garrote:

—Portales era uno de aquellos gobernantes—dice—que creía en la necesidad de gobernar a palos: inculto, rudo, violento y atrabiliario, no reparaba en los medios que le permitieran hacer valer su autoridad, despótica hasta la inconsciencia. Fué el tipo perfecto del cacique a la americana: de una sola pieza.

—Felizmente ya son idas tales épocas y tales hombres... le interrumpimos nosotros a don Marcial; y él, con gesto rápido, como



La madre de don Marcial Martínez

quien recoge inmediatamente un error que es menester rectificar, agrega:

—No hay tal: el caso de Méjico, el de Ecuador y quién sabe si el nuestro propio mantienen aquel juicio... ¡Es tan fácil pasar por grande hombre en América! Nunca olvidaré a uno de los que en Chile ha sido considerado hombre eminente y a quien conocí de cerca: ignorante y porfiado hasta más allá de todos los razonamientos. Entre otras cosas creía que las máquinas eran seres vivos; que una roca era cosa análoga a un mineral; no se atrevía a entrar a una pieza oscura por temor a los brujos. A don Antonio Varas le oí decir una vez: "No concibo cómo se puede llegar a esa edad con una ignorancia tan completa, porque en verdad no sabía de nada nada. ¡Y... ocupó elevados cargos!..."

Transcurre un instante. Un criado en-

tra a la sala y recibe una orden de don Marcial. Luego piensa durante algunos segundos y exclama, como reconviéndose a sí mismo:

—Pero, esto es banal y no tiene importancia. Además de que si uno fuese a decir cuánto sabe, todo lo que ha visto y vivido, le arrancarían los ojos. ¡Sobre todo sabiendo lo que son nuestros contemporáneos! A menudo me suelen decir que escriba mis Memorias; pero no quiero hacerlo, pues no deseo igualarme a cualquiera cortésana o a tal o cual majadero que cuentan cuánto saben e ignoran que lo único que deberían hacer sería aprender a callar. Además, tengo ya 83 años y semejante tarea me demandaría largo tiempo, pues guardo mucho que decir y debería ser ante todo exacto. Ahora, es preciso figurarse cuántas horas de disgusto me costarían las verdades que fuera menester estampar: ¡los retratos de cuerpo entero de tantos que son tan ridos poco menos que por superhombres, siendo que no fueron sino unos pobres diablos! ¡Y decir cosas agrias aquí donde nadie soporta las verdades y donde todos viven de elogios!... También es cierto que esto de escribir sus Memorias es peligroso: ¡cuántas veces la gente se lleva con ellas más de un chasco! Matternich escribió las suyas y ordenó que no se publicasen sino hasta algunos años después de su muerte: cuando fueron dadas a la estampa los lectores no encontraron en sus páginas nada nuevo. Todos los detalles, secretos y curiosidades eran ya del dominio de muchos; eran secretos a voces.

—Pero, — argüimos, — no tanto por la parte pintoresca y vivida sus Memorias tendrían un valor definitivo, sino que, especialmente, en lo que toca a su actuación histórica en la diplomacia. Sería un modo directo de contribuir a documentar nuestra historia, que necesita en todo tiempo de testimonios como el suyo. Además, aquellos bellos años que corresponden al promedio de la pasada centuria, están ya tan distantes y se presentan tan confusos que bien merecen la pena de ser remozados por el recuerdo de inteligencias como la suya. El recuerdo de aquella generación del año 50, que hoy deberíamos imitar...

No hemos terminado nuestra frase cuando don Marcial pone el más lógico reparo a lo que vamos a decir, reparo que envuelve un juicio exacto y definitivo y una lección de profunda verdad:

—La generación actual vale mucho más que la de entonces; enormemente más. Los jóvenes de hoy están a cien codos de los jóvenes del año cincuenta. Yo que viví aquella época y conocí a todos los hombres que más figuraban, puedo decir esto, habiéndolo verificado en el curso de mi existencia. Eran contados los muchachos de aquel entonces que tenían verdadero amor por el estudio y que podían decirse cultos.

—¿A quiénes recuerda con predilección de aquella época?

—¡Fui amigo de tantos! A pesar de ser yo mucho más joven, Francisco Bilbao me quiso mucho. A menudo me solía decir:—“Tengo que quererte, porque tú te pareces mucho a Luis Blanc”.—Le veía con frecuencia: no olvidaré sus ojos claros, su frente amplia, sus cabellos lisos. Todo su aspecto hablaba en él de un apóstol. Pude conocer también a unos cuantos revolucionarios del 51, pues yo había alcanzado cierta notoriedad cuando presidí la delegación del Instituto Nacional que fué a saludar y ofrecerle su adhesión al general Cruz... Un día recuerdo que estaba en la esquina de Alameda en la calle de las Claras, cerca de Juan Bello, Eusebio Lillo, Manuel Bilbao y Recabáren, cuando comenzó el tiroteo contra las tropas que estaban en el cuartel del Cerro... Huí a todo correr con los temores del muchacho que, no siendo más que un escolar teme comprometerse. No olvido que pocos días antes, en una revuelta que había habido en el Instituto Nacional, yo había tomado parte activa y no me echaron ignora por qué causa, cuando bien me había ganado mi expulsión... En realidad todos los acontecimientos de aquella época son bien poco conocidos y los escritores que se han ocupado de narrarlos lo han hecho con lamentable y dudosa parcialidad. Por ejemplo, los historiadores han juzgado la batalla de Loncomilla con criterio harto discutible, siendo que en realidad no fué aquel combate un triunfo para nadie. Cruz se dió por vencido sin estarlo y cuando tal vez tenía las mejores esperanzas de alcanzar la victoria.

—¿Y Lastarria?...

—Con don José Victorino me ligó una amistad estrecha que los años no habían de hacer más que afianzar. ¡Ese sí que era hombre de cultura vasta y sólida! Manejaba con desenvoltura los números, sabía contabilidad, era uno de nuestros mejores abogados y el mejor orador parlamentario que hemos tenido. A propósito: recuerdo una anécdota suya muy curiosa sobre el particular. Acababa de ser nombrado Lastarria Ministro en la República Argentina y yo en el Perú. Pasábamos una tarde por el Congreso y entramos a escuchar la sesión donde nuestros asentimos de diputados. Se estaba tratando sobre régimen aduanero, cuando de improviso y sin tener nada preparado, pidió la palabra don José Victorino y pronunció uno de los mejores discursos de su vida... Sin embargo, uno de los mayores defectos que tenía era el de una vanidad incommensurable. En cierta ocasión hablabamos de Gambetta, con motivo de no sé qué hecho brillante realizado por el parlamentario francés, cuando don José Victorino me dijo:—“Así son las cosas: este mozo es célebre y goza de reputación universal por dos discursos: fundamentales... y yo que he hecho tantos me estoy muriendo de hambre.”—Lastarria valía mucho, era un gran estudioso y un pensador tesonero, aunque los mejores de sus libros no sean más que reproducción de las

doctrinas europeas de ese entonces: por ejemplo, su “Política positiva” no era más que una trasposición adaptada al ambiente americano del libro de Augusto Comte...

La entrada de una persona a la sala de trabajo de don Marcial interrumpe el hilo de su discurso... Pasan algunos minutos, luego, como volviendo a la superficie de la charla, me pregunta:

—¿Sabe usted si Matta Vial tiene ya terminado su discurso de ingreso en la Aca-



*Don Victorino Martínez, cadete de la Escuela Militar en 1817, peleó en Maipú, asistió a las batallas de Tarata y de Moquegua, donde cayó prisionero. El coronel Vidaurre Garretón le envió como parlamentario para el mejoramiento de la provincia de Coquimbo.*

demia? Me ha dicho que versará sobre la causa por qué en Chile la producción histórica es tan abundante.

Como nosotros asentimos a su pregunta, don Marcial exclama:

—¡Es curioso! ¡Bien curioso! Si esto ni siquiera merece preguntarse: no caben dudas sobre esto. Aquí hay mayor producción histórica porque es lo más fácil, sobre todo como la escriben aquí: ¡joven varios documentos e hilvanan entre ellos unas cuantas páginas y sale a la estampa un libro! Otra cosa es la historia como la concibieron Michelet, Lavisse, Macaulay, Taine.

Pensamos nosotros que el día anterior nos ha dicho algo análogo don Emilio Vaise, quien estaba conteste en afirmar que la producción histórica tal como se escribe en

América es el género literario más fácil de hacer, ya que para ello sólo se necesitan buena voluntad y paciencia.

El nombre de Taine, pronunciado por don Marcial, ha quedado vibrando en nuestros oídos. Ello nos induce a preguntarle:

—¿Acaso entre sus escritores predilectos y junto a Macaulay coloca usted a Taine?...

Y don Marcial nos responde inmediata y seguramente:

—Claro está. Le he leído mucho. Sin embargo, durante estas últimas vacaciones, quise releer "Los orígenes de la Francia contemporánea" y lo encontré muy cansado en sus primeros volúmenes. En la parte moderna es más ameno. Es un maestro, sin lugar a dudas. ¡Pero, cómo deja a los revolucionarios del 79! Creo que se fué a la otra alforja: en Robespierre había mucho de bueno y no era posible tratarlo así.

Como en ese instante traemos a colación el nombre de Aulard, don Marcial replica:



Señora Felisa Martínez Cuadros.

—¡Tuvo razón tal crítico! ¡Ha hecho obra de justicia!; porque Taine exageró mucho, más de lo necesario y tal vez con deliberado propósito...

Si ha sido fecunda en su mejoramiento auto-didáctico la vida de don Marcial Martínez y tesonera en la labor intelectual, ha sido brillante y laboriosa en lo que respecta a sus servicios prestados al país en la diplomacia. ¡Quién no conoce su actuación como Ministro Plenipotenciario en el Perú y en Inglaterra? En cambio, muchos ignoran la que es tal vez la página más bella de su vida: nos referimos a su estada en Estados Unidos como Enviado Extraordinario del Gobierno de Chile y a su triunfo sobre el canciller Blaine.

Era en 1880. Acababa de llegar a Nueva York cuando tuvo noticias que entre la alta

banca, el comercio, la sociedad y la política, circulaba un folleto destinado a reunir adhesiones y a obtener el apoyo del Gobierno norte-americano para obligar a Chile a devolver los depósitos de guano y salitre situados en tierras peruanas y darle a cambio de su victoria obtenida con la guerra del Pacífico una fuerte indemnización. Descubierta a tiempo el folleto citado tras largas diligencias practicadas por don Marcial, lo envió al Gobierno de Chile. "Aquí se dijo,—ha recordado— (ignoro de dónde partía la voz), que ese documento había sido mandado por un comerciante extranjero, amigo de Chile, sin que mi nombre fuese mencionado para nada." Un abogado yanqui, Jacob R. Shipherd, era el encargado de llevar a cabo la especulación, practicando todas las gestiones políticas y económicas en Nueva York. Denunciado oportunamente en folletos y en la prensa de Nueva York, Boston y Filadelfia el proyecto de intervención y el negocio, consiguió don Marcial hacerlo fracasar totalmente hasta el punto que poco después el Secretario de Estado, Mr. Blaine, cuyas simpatías por el Perú eran manifiestas, escribía en nota de 5 de diciembre de 1881 a Mr. Hulburt, Ministro de Estados Unidos en el Perú, lo siguiente: "La copia inclusa de una carta, que he dirigido a Mr. Shipherd, (el abogado gestor), manifiesta que no tengo una opinión menos decidida que la que Ud. se ha formado de "la indecencia y deshonestidad de su empeño, en influenciar la acción diplomática en pro de su reclamación." Quizás pueda mitigarse en algo la severidad de mi lenguaje en vista del posible hecho, sugerido pertinentemente por Ud., de que Mr. Shipherd no está en plena posesión de su juicio."

El derrumbe de este escandaloso negociado, que habría colocado a Chile en una situación crítica, obligándole a renunciar sus derechos, correspondió exclusiva y aisladamente a don Marcial Martínez.

No menos interesante es la historia del Memorándum de 21 de noviembre de 1881. Mientras el Ministro en el Perú, Mr. Hulburt, comunicábale a su Gobierno que Chile estudiaba la conveniencia de la anexión definitiva del Perú pretendiendo formar de esta nación una provincia chilena, Mr. Blaine le decía en nota oficial que interpusiese sus buenas relaciones a fin de que Chile liquidase su situación con el Perú sin recurrir a anexión territorial. En cambio, los comunicados transmitidos a Estados Unidos por el Ministro norte-americano en Chile, Mr. Kilpatrick, probaban la correcta, serena y legal conducta de Chile. A fin de contribuir a organizar el Gobierno en el Perú y de evitar los propósitos de conquistas territoriales por parte de Chile, el Gobierno de la Casa Blanca acordó enviar una misión especial compuesta por W. Trescot y Walker Blaine, hijo del Secretario de Estado. En las instrucciones dadas al jefe de la misión, se le ordenaba que si Chile rehusaba acep-

tar la mediación de Estados Unidos, debía hacer su viaje de regreso por Buenos Aires y Río de Janeiro, con el fin de atraer a esos países "al círculo de la política de Estados Unidos y aislar a Chile, en su campo de resistencia. Los agentes debían proponer una amplia y franca conferencia entre todas las repúblicas del Norte y del Sur, con el especial objeto de poner término a la guerra del Pacífico. En tales circunstancias y en semejante atmósfera de hostilidad política, debió don Marcial obrar a fin de parar aquel golpe. "Pedí varias veces al Ministro de Relaciones Exteriores que expidiese una nota o memorándum, justificativo de la conducta, observada por nosotros después de las jornadas de Chorrillos y Miraflores, y justificando nuestras proposiciones de paz, que eran, en 1881, de pública notoriedad. Convenía hacer esto, no para mendigar favores, sino para presentar nuestra causa, a la faz del mundo, con la frente alta." Pero como no obtuviese la redacción de un informe diplomático, debió emprender una fuerte campaña en la prensa "y aún dentro del Congreso" y redactar en seguida el memorándum de 21 de noviembre de 1881, (exposición admirable de claridad y de síntesis, apoyada con lógica de hierro en el Derecho Internacional), que entregó personalmente a Mr. Blaine, e hizo distribuir al cuerpo diplomático." "El Ministro de Inglaterra mandó su ejemplar al "Foreign Office", y dos días después de recibido por Lord Granville, pidió tres ejemplares por telégrafo. A Chile envió 200." Guardó silencio Mr. Blaine y pocos días después caía del poder, sucediéndole Mr. Frelinghuysen. Treinta y cuatro días más tarde invitó el nuevo canciller a don Marcial a un "five o'clock tea", expresándole allí mismo y con entera franqueza lo siguiente: "Yo soy un abogado que he estado siempre separado de los negocios públicos y que he ejercido mi profesión en New Jersey. No he tenido ni el más leve conocimiento de las relaciones diplomáticas de mi país con las demás naciones del globo, y, en especial, no había ni siquiera oído hablar de las complicaciones, en que mi antecesor ha tomado parte, con motivo de los asuntos pendientes entre Chile y el Perú. Pero, el papel (así califican los Ingleses todo escrito, largo o corto) de Ud., el memorándum, me ha proporcionado un conocimiento completo de los negocios de la costa del Pacífico, y declaro a Ud. que el Gobierno de los Estados Unidos no tomará ninguna participación, en el desarrollo de esos negocios, pudiendo Chile obrar, en sus relaciones con sus adversarios, como lo estime de justicia."

Cuando don Marcial comunicó a la Moneda nueva tan feliz y triunfo tan hermoso, el Ministro de Relaciones, don José Manuel Balmaceda, le presentó el cablegrama al delegado yanqui Mr. Prescott, "reservándole el nombre de la persona, que la había transmitido de Washington, el Ministro Extraordinario de Estados Unidos quedó atónito, diciendo que él no tenía noticia de semejante cambio de política en su país."

Tal es la historia sucinta de una de las más altas páginas en la vida diplomática de don Marcial Martínez. La memoria de semejantes hechos nos induce a recordarle su elección en la Universidad de Yale, que fué un eco del alto prestigio alcanzado en Estados Unidos tanto en los círculos diplomáticos y sociales como en los intelectuales.

—Estaba en 1881 en Nueva York—nos dice don Marcial,—cuando recibí un telegrama de Yale en el que me pedían asistiese al *Commencement Day*, o sea la fiesta de



Don Marcial Martínez en su gabinete de trabajo, rodeado de sus libros.

clausura de la temporada universitaria; como no me apresuré a contestar, recibí un segundo comunicado, preguntándome terminantemente si podía trasladarme a Yale. Realicé el viaje y con gran sorpresa de mi parte supe que era nada menos que para distinguirme con el grado de Doctor en la Universidad. Fué aquella ceremonia algo solemne e imponente: es preciso figurarse el anfiteatro de la vasta sala universitaria, atestada de señoras y profesores, de exalumnos que estaban ordenados en sus grupos correspondientes a los años en que habían hecho sus cursos. Fui colocado al lado derecho del Presidente de la Universidad y me recibió el profesor Brosh, sabio naturalista que a menudo era muy consultado de Alemania y que ahora tiene un be-

lio monumento en su país. Conoci entonces muy de cerca al profesor Nap, catedrático de español y miembro de la Real Academia de la Lengua. Pasada la recepción se verificó un agradable "lunch", en el cual me vi obligado a pronunciar un *speech* que fué recibido con visible agrado. Quince días después de ser elegido en la Universidad de Yale era rechazado el Emperador don Pedro del Brasil, por las circunstancias que verá luego: era el Emperador hombre de aparente cultura, pues hojeaba las obras, leía juicios sobre ellas y las daba por conocidas. Poseía una biblioteca de más de 40 mil volúmenes. Sin embargo, y a pesar de su barniz de lecturas, era un hombre rudo y poco cuidado en sus maneras; sumamente orgulloso, hasta pagar con este su orgullo el no haber sido elegido en la Universidad de Yale. El día de su presentación se constituyó el cuerpo de profesores de la Universidad; siguiendo una costumbre tradicional reunidos en semicírculo en torno de la sala. Deber de cortesía del optante es el de saludar de antemano al cuerpo de profesores, uno a uno; pero, tal vez el Emperador don Pedro creyó esto indigno de su posición y, al penetrar en la sala, sólo atinó a preguntar, en mal inglés: *Where ist profesor...* (cuyo nombre se me escapa), y avanzó hasta él el catedrático de sanscrito, con quien conversó durante algunos minutos. Vino en seguida la votación para la elección y el Emperador fué rechazado por 7 votos, siendo en estos casos necesaria la unanimidad para que la elección sea válida... Y, a propósito del Emperador, debo recordar que era un hombre curioso. Tenía tan buena memoria don Pedro, que una vez, al encamarse a su sala de audiencia vió a una persona que aguardaba, a quien había conocido 13 años antes, en circunstancias que había estado en su casa sólo algunas ho-

ras. Con gran sorpresa de aquélla, le preguntó por una de sus hijitas, que no había olvidado, y por el resultado de cierto pleito de aguas que en aquellos años aún no había sido resuelto.

De sus mejores años de estada en Europa y de sus viajes recuerda don Marcial curiosas anécdotas que van cayendo de sus labios en el calor de la charla. En un diario viejo del año 84, recordamos haber leído un día lo siguiente, entre las gacetas noticiosas: "Por carta particular llegada en el *Britannia*, hemos sabido que el Ministro Plenipotenciario de Chile en Londres, don Marcial Martínez, fué recibido en audiencia por S. M. la reina Victoria, en el castillo de Windsor, el día 25 de febrero a las doce y media P. M. El señor Martínez viajó en tren especial de Londres a Windsor, acompañado de Lord Rosebery. Tuvo el Ministro de Chile el honor de hacer el "lunch" en la mesa real. Poco después tuvo lugar la audiencia, en que S. M. recibió la carta de retiro, dirigió algunas preguntas al Ministro que se retiraba y le presentó a la princesa Beatriz. Esos actos son muy breves en la corte inglesa y llevan impreso un sello de sencilla pero imponente gravedad."

—¿Recuerda haber conocido algunas grandes personalidades científicas o literarias durante su estada en Londres?—le preguntamos a don Marcial.

Sin hacer siquiera un esfuerzo de memoria, que tan maravillosa es la suya, nos replica inmediatamente:

—Conoci a Huxley, a Spencer... Iba yo a menudo, al Athenaeum Club, que es el *rendez-vous* de los grandes bonetones ingleses: aristocrático e intelectual. Solía yo concurrir a su sala de lectura, donde no faltaban ocho o diez viejos que leían silenciosamente: si hablaban, sabían hacerlo en voz tan baja, que el silencio era lo mismo que si no despegasen los labios, costumbre que es rigurosa entre la gente noble inglesa. En aquella sala no se sentía el vuelo de una mosca. El bibliotecario me presentó un día a Spencer. El filósofo pasaba en el piso bajo frente a una botella de Oporto y con un puro encendido. Recuerdo que siempre parecía estar dormitando... Una vez que le fuí presentado me quedé ante el filóso-



Otra sala de la biblioteca de don Marcial, en la que conserva las ediciones de sus folletos y de sus libros.

fo como una momia, porque él no despegó los labios. Era un hombre huraño, el tipo del solitario de mal humor...

—¿Durante sus viajes en otros países?... alcanzamos a insinuar la pregunta, cuando don Marcial, nos dice:

—Estando de paso en Lisboa, donde había concurrido al Congreso Postal, conocí al cardenal Vicente Vanutelli, con quien llegué a cultivar una franca amistad, hasta tal punto que debiendo partir casi improvisadamente un día a las 3½ de la tarde de la capital lusitana, el cardenal llegó al hotel a las 3 en punto, a fin de despedirse. Demás estará advertir que me dió una serie de cartas para Italia, adonde entonces debía partir, destinadas a obispos, arzobispos y altos magistrados... Un día, estando en Nápoles, al regresar al hotel, encontré sobre mi mesa los títulos que acreditaban mi elección de Arcade. ¿Había sido el influjo de Vanutelli el que me había valido en esta elección? Así lo pienso. Otro día, mientras visitaba la Iglesia Santa María la Mayor y estaba largo rato de pie escuchando la orquesta maravillosa y los coros, dos ujieres me llevaron un sofá, a fin de que pudiese escuchar cómodamente la ceremonia. Yo era allí un desconocido: ¿Quién sino Vanutelli podía preocuparse de tales atenciones?

—¿Visitó Alemania?

—Sí, pero durante corto tiempo. De mi estada en Berlín recuerdo que vivía en un hotel que está casi inmediatamente junto al Palacio Real, en la Avenida Unter den Linden. Diariamente tenía ocasión de ver al emperador que solía pasarse largo tiempo en la ventana moviendo la cabeza, como uno de esos juguetes de alambre.

El hecho de que las últimas elecciones para Presidente de la República hayan asignado el triunfo al candidato del partido que seguía al Presidente Balmaceda en 1891 y que cayó del poder junto con él, nos induce a preguntarle a don Marcial Martínez cuál fué su actitud durante la Revolución. Sin temer las posibles complicaciones internas que pudo haber levantado en la capital aquel movimiento, él no se alejó como los revolucionarios al Norte, ni buscó seguro abrigo contra las turbas, ni se ausentó del país: quiso afrontar de cerca la tempestad, oír sus rugidos, presenciar su vértigo, como Moratín había visto los días más aciagos de 1879 en Francia, desde el balcón de su hotel y mientras componía una estrofa o hilvanaba una crónica. Bien pudo don Marcial Martínez trasladarse al extranjero, que su cuantiosa fortuna holgadamente se lo permitía; pero, pudo más en él su serena convicción cívica que en aquellos instantes trágicos podía hacerle útil, una vez más, a los suyos y a su tierra, más necesitada que nunca de consejos prudentes y de voces serenas.

—El hecho de que usted fuese un testigo



General de División don Aristides Martínez, senador de la República y perito nombrado para suceder a don Diego Barros Arana.

imparcial—le decimos—en los días aciagos de 1891 y que el testimonio de sus recuerdos podrá allegar un juicio exacto para la historia sobre aquellos hechos tan discutidos como tergiversados, nos induce a solicitar de su benevolencia nos diga cuál fué su actitud durante la guerra civil...

Hombre tan seguro de sus actos y de sus reflexiones como es don Marcial Martínez, cavila un instante, concentra su pensamiento y pasea sus pupilas vagamente, sin fijarlas en nada, lo cual dá una sensación de que ellas miran hacia adentro.... Luego, mientras se anima su rostro con un gesto vivísimo, como si una luz insólita le alumbrase por dentro, dejando escapar sus rayos a través de los ojos, nos contesta de la manera siguiente:

—El tema es muy extenso y tendría que demorar a Ud. más de un día, si hubiera de referirle todos los recuerdos que tengo de la luctuosa guerra de 1891; pero, le diré a Ud. lo que me parece más substancial, sin invadir el terreno de lo que sea para mí mismo privado y confidencial. Muchos hechos, incidentes, episodios, apreciaciones y nombres propios no pueden salir de mi boca todavía; todo eso podía ser materia de una memoria de ultratumba.

Siendo muy joven, fui apoderado general de la familia Gutiérrez, propietaria que era del gran fundo La Punta, en las inmediaciones de Santiago. En esa capacidad, contraté la venta del fundo con don Manuel José Balmaceda, fundador de la familia que todos conocemos. Hubo una multitud de detalles, que dieron lugar a multiplicadas conferencias, en el ajuste definitivo del contrato. El señor Balmaceda diputaba, para entenderse conmigo, a un su hijo, que se presentaba a mi estudio con traje talar del Seminario Conciliar. Desde entonces conocí muy de cerca al que más tarde había de ser un hombre público eminente. En



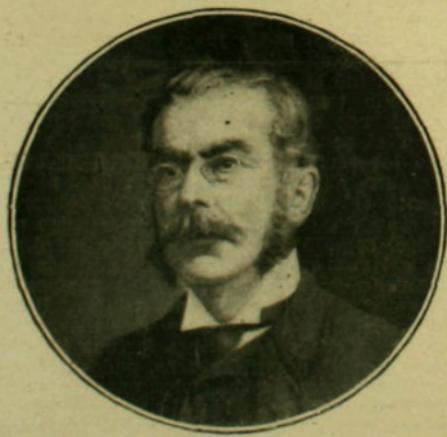
Señor Carlos Alberto Martínez Cuadros

efecto, encontré frecuentemente en sociedad al joven Balmaceda y también en círculos políticos y literarios. Así, estrechamos relaciones, aunque nunca pude decir que fueran íntimas. En el curso de esas relaciones, celebramos un contrato de asociación, en que, además de nosotros dos, concurren don Vicente Reyes, don Manuel Salustio Fernández y un ingeniero suizo muy reputado, de apellido Flumann. Reunimos un pequeño capital para los estudios preparatorios. El objeto de la asociación era llevar el agua a Valparaíso, tomada de las fuentes del río Aconcagua. Cuando nos apercebimos de que la empresa necesitaba enormes capitales, grandes esfuerzos personales y unidad de acción, cedimos Fernández, Reyes y yo, nuestros derechos a Balmaceda, quien nos devolvió los aportes que habíamos hecho. El traje le quedó demasiado grande al joven empresario, quien se limitó a realizar un canal de irrigación para terrenos de su propiedad.

Tal era el estado de nuestras relaciones cuando falleció el padre común, suceso que dió lugar a un importante y bullado pleito de la madre, asistida por algunos de sus hijos, entre los cuales tomó el timón don José Manuel, con los otros hijos que trataron de hacer valer ciertos derechos en contra de aquélla. A mí me tocó defender a tres de estos últimos: don Vicente, don José María y don José Elías. La discusión fué sobremanera candente, y don José Manuel, que era irrespetuoso de carácter, derramó una suma de gruesas injurias en contra del abogado de sus hermanos. Aquí, debo decir, entre paréntesis, algo que es doctrinario y que quizá pueda servir a algunos. El canciller Dagesau, explicando la moral y la cultura profesionales, repitió muchas veces que la defensa es, en los pleitos, enteramente anónima y que nunca debe el litigante encararse con el abogado de su contrario. El doctor don Gabriel Ocampos, que ha sido, a mi juicio, el más ilus-

tre abogado de este foro, nos repetía frecuentemente esa lección, diciéndonos que era lícito maltratar a la parte contraria o a su procurador, pero jamás al abogado. Esta lección ha sido aprovechada por algunos, pero desgraciadamente por la minoría. En cuanto a mí, la he tenido como un dogma, y así es que nunca he abierto el fuego contra un patrocinante contrario; pero, confieso que, cuando el adversario ha principiado, yo he aplicado severamente la ley del Tallón. Contesté a don José Manuel Balmaceda ácremente y nuestras relaciones quedaron cortadas. En esas condiciones, salí del país, y, a mi regreso, no hubo reconciliación, solicitada por ninguna de las partes. Pero, reconozco y dejo aquí constancia de que Balmaceda sentía simpatía por mí, de lo cual tuve diversas pruebas. En lo sucesivo, no nos volvimos a hablar ni siquiera a saludar, excepto en la conferencia de que más adelante haré mérito.

En la furibunda lucha que se armó entre el Presidente Balmaceda y sus contrincantes, yo me mantuve en un terreno absolutamente neutral. Esto no podía ser extraño para nadie, porque he manifestado aversión por las luchas políticas. Toda mi vida acredita esta verdad y entre las pruebas que de ello tengo está la de no haber aceptado jamás una cartera ministerial. El señor Balmaceda me ofreció, por intermedio de amigos comunes, no menos de cinco veces, cualquier Ministerio. Y la última vez que recibí esa oferta, fué por conducto de don Juan E. Mackenna, quien entró a mi comedor, a la hora de almuerzo, saludando con el *introito* de "Le traigo a Ud. la banda presidencial". Como todos mis amigos eran opositoristas y yo guardaba la más severa reserva, nadie me miraba con desconfianza y todos me referían, con más o menos amplitud, los sucesos que se iban desarrollando. Así como Bettmann Hollweg ha empleado cien veces la metáfora de com-



Doctor don Francisco Martínez, miembro que fué de la Facultad de Medicina y Secretario General de la Universidad.

primir el botón, para significar que hacía presión sobre algún gobierno, así mi amigo don Eduardo Matte me decía con frecuencia hasta el día antes del levantamiento de la escuadra, que estaban apretando el tornillo.

A mi nulo juicio, tanta culpa tuvieron Balmaceda y sus contrarios en el horroso conflicto que se produjo. Así como José Antonio Gandarillas me dijo varias veces que había sido Balmaceda el revolucionario, así Balmaceda y con él las nueve décimas partes del país calificaron de revolucionarios a los constitucionalistas. Que Balmaceda cometió gravísimos errores y, en-

te viva, que él creyó volver a los dos días a su domicilio, y que, en comprobación de ello, le bastaba recordar, que no llevó ni siquiera una camisa, y por todo ajuar se echó sobre el brazo el ojal con que se abrigo las piernas.

De la misma manera me formé entonces la convicción de que no eran tanto los atropellos a la Constitución los que excitaban el furor patriótico de los opositores, sino la resistencia invencible de Balmaceda a dar participación al país en la elección presidencial. Era en aquella época muy sabido que don José Manuel reclamaba como un



*Cuando don Marcial no está entregado a la lectura de sus libros, se dedica a escribir: discursos, alegatos, estudios de varias índoles o su correspondencia que es copiosa.*

tre ellos, el de declararse solemnemente dictador, nadie puede ponerlo en duda. Le habría bastado asistir una sola vez a la opereta. "La hija de madame Angot", para haber recordado que hay ciertas cosas que se hacen pero que no se dicen". El hecho fué que la horrible tempestad se desencadenó sobre este país, cuyo principal mérito en Europa, era el de no ser revolucionario.

Tengo la íntima persuasión de que los constitucionalistas creyeron que el levantamiento de la escuadra traería a Balmaceda a una capitulación. Don Waldo Silva, que fué uno de los cabecillas del movimiento, refiriéndome, en su casa, las peripecias de ese movimiento sismológico político, me dijo, en presencia de una persona actualmen-

derecho consuetudinario el de designar a su sucesor. Si en el momento crítico, y aún después de producido el levantamiento de la escuadra, hubiera el Presidente afirmado, lealmente, en una proclama, que dejaba libertad absoluta de voto para la elección presidencial, prescindencia hecha de los trámites constitucionales, que nominalmente se habían cumplido, la oposición habría desarmado y habría cubierto con un bill de indemnidad las algaradas anti-parlamentarias del impetuoso mandatario. Sé, de positivo, que el día inicial de la revolución tuvo don José Manuel la voluntad inicial de transigir; pero sus íntimos se lo implidieron.

Si, antes del estallido era yo absolutamente imparcial, durante la guerra civil me en-

tregué al nirvana indico. No tomé arte ni parte, ni en el hecho ni en el espíritu, en ese desgraciado acontecimiento. Me encerré en mi casa, entregado a la lectura y creo que recorrí la novena o la décima parte de los libros que poseo. Pasé, puede decirse, las dos terceras partes de mi vida, sentado en una gran butaca de mimbre, que me obsequió el conde Dundonald, la que quedó casi desvencijada.

Mientras tanto, una buena parte de los revolucionarios, que era inúmeros, me miraban como si yo fuese contrario. Un pariente mío, el senador don Teodosio Cuadros, que estaba confinado en esta ciudad,



Don Marcial Martínez, según una antigua fotografía.

hacía esfuerzos diarios para que me declarase enemigo de Balmaceda, siendo así que él reconocía que yo no era amigo y que condenaba sus faltas. Un día a la semana comían ocho personas en mi mesa y todas eran partidarias de la revolución. Jamás invité a uno sólo de los amigos de Balmaceda, entre los cuales había algunos que lo eran míos. Digo más, y esto es bajo la fe de mi palabra, que durante la guerra civil, no me visitó ningún balmacedista, excepto don Eulogio Allende, que estuvo una sola vez en mi escritorio, durante media hora.

Ahora me preguntará Ud., ¿por qué no se dejó arrastrar por la avalancha revolucionaria? Este es el punto, en que puedo decir, a boca llena, que soy rigurosamente doctrinario, a saber, mi decidida aversión a las revoluciones. Adquirí esta convicción

por los desgraciados ejemplos que tuve en mi familia, por las experiencias que yo mismo recogí desde la revolución de 1851, y por lo que pude leer en libros clásicos de historia y de política. Molinari dice, en una de sus obras, creo que es en "La Moral Económica", que las revoluciones son, han sido y serán, fatales para los pueblos, sin que pueda señalarse una sola que haya producido saldos ventajosos. Puede el hombre pensador declararse neutral, casi indiferente, cuando hay quejas que demandan en conciencia en uno y en otro sentido, pero no apoyar las revoluciones. Recuerdo en este momento, que, encontrándome de visita en casa de don José Arrieta, en donde había cuatro o seis personas, de las que puedo recordar algunas, acertó a entrar al salón un distinguido caballero venezolano, que venía expatriado por Guzmán Blanco y que se dirigía a Europa, quien, emitiendo su juicio, en general, sobre las revoluciones, a pesar de saber que estaba en terreno revolucionario, dijo que, si Guzmán Blanco lo tomase y lo condenase a prisión perpetua, pudiendo hacerle la revolución, no se la haría, porque tenía la convicción profunda de que el peor de los Gobiernos era preferible a la mejor de las revoluciones.

En Chile se produjo ese estado de ebriedad, de que han dado muestras tantos pueblos revolucionarios y de que tenemos el triste ejemplo en Méjico. Había muchas gentes que creían que la caída de Balmaceda iba a ser para Chile el principio de una bienandanza celestial. Yo oí decir muchas veces que el triunfo de la revolución nos traería la paz perpetua, la libertad de elecciones, la probidad económica, que todos nos convertiríamos en verdaderos pastores de Arcadia; me parecía oír a Kant y al abate Sempierre. Fácil es calcular cuál era mi contestación a esos utopistas visionarios. La experiencia ha descubierto los que entonces eran arcanos del porvenir.

Mi actitud, repito, era absolutamente neutral, porque, aparte de los principios teóricos doctrinales, militaban hechos en pro y en contra de cada uno de los contendientes. Pero, por fuera se me creía partidario de Balmaceda, a quien yo ni aún saludaba. Se repetía que yo tenía conferencias nocturnas con el Presidente, a las 12 de la noche, siendo que yo me recogía a mi cama a las 9. Sucedió una vez, en una tertulia política, que uno de los grandes corifeos de la revolución tomó, a presencia de todos, una tarjeta mía y la hizo añicos, diciendo:—este hombre lo que quiere es mi ruina completa.—Ese mismo cargo había podido hacerme, con igual razón, el Negus Menelik. Para muchos estaba yo apestado, porque no entonaba el coro revolucionario. Una vez llegué de visita a casa de la señora Magdalena Vicuña, en circunstancias que había en el salón diez o doce personas, que conversaban, acaloradamente, sin duda sobre el tema revolucionario, lo cual pude observar desde la puerta con vidrieras, y apenas llegué todos guardaron silencio. Una vez ve-

nía yo de Valparaíso, y en el mismo vagón se encontraba solamente una dama muy conocida, que era amiga mía, y naturalmente la conversación rodó sobre el tema del día. La señora calificó a los dictatoriales de hora de bandidos, y de repente exclamó:—“no vaya a oírme alguno de ellos” (refiriéndose indudablemente a mí), y yo le repliqué:—“hable con entera libertad porque estamos los dos solos.”—Otra señora, que está en plena vida, me dijo, aludiendo indudablemente a mí, que no era concebible que un hombre bien nacido, de probidad y de educación, pudiera ser dictatorial.—Otra dama, que ha muerto, me interpelló diciendo que ningún hombre, que no hubiera sido revolucionario, sería en adelante admitido en sociedad. El país ha contestado a esta profecía con la entrega del Gobierno a los vencidos del 91.

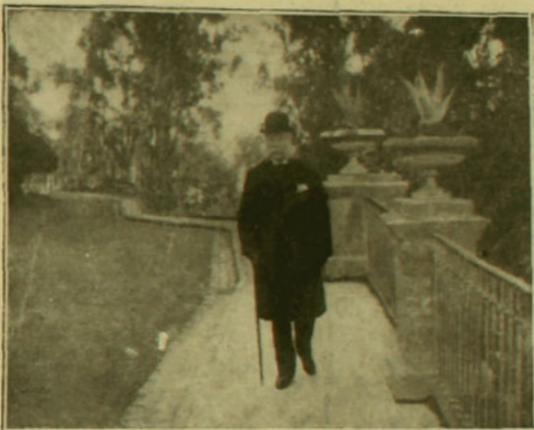
Un día pasaba yo por la esquina entre Estado y Moneda, encontrándose allí un grupo de personas y fui detenido por don T. Méndez Urrejola, quien dijo:—“aquí tenemos a don Marcial, que está en el secreto de los dioses”; mi contestación fué sencillamente:—“no sé nada, absolutamente nada, ni tengo por qué saber”. Seguí mi camino.

En otra ocasión, fui convidado por mi amigo Eliodoro Gormaz a comer con veinte o veinticinco personas, y, en medio de la conversación, me interrogó Gormaz sobre si vendría o no el ejército del Norte. Como yo carecía de noticias y no tenía más que mi recto juicio para juzgar, contesté:—“Creo que no vendrá, porque es más débil que el ejército de Balmaceda”, mientras tanto ya estaba resuelta la movilización del ejército, constitucional, el cual se embarcó dos o tres días después.

Tal era mi participación en los sucesos de la guerra.

He dicho que me parecía racional que no se aventurara el ejército del Norte a venir sobre Valparaíso, porque el que debía mandar el general Velásquez era indudablemente mucho más numeroso y aguerrido. Aconteció un hecho que, a todas luces, para mí, determinó el triunfo de la revolución. Un día revistó el Presidente Balmaceda parte de las fuerzas desde la Moneda. Mandaba esa parada el general Velásquez, que era Ministro de la Guerra. Yo me encontraba contemplando la escena desde uno de los balcones de mi casa. Sin que yo me diera cuenta de por qué ni para qué, Velásquez subió su caballo a la vereda, en donde se resbaló y fracturó una pierna al jinete. Al día siguiente iba yo al Correo por la calle del Estado y delante de mí iban dos piadosas señoras, vestidas de iglesia, y la una decía a la otra, en voz bastante alta:

“La quebradura de la pierna del Tuerto Velásquez ha sido un milagro patente, lo que prueba que Dios está con la revolución”. No de otra manera se expresa don Guillermo II, Emperador de Alemania. Efectivamente, si Velásquez no hubiera sufrido ese contratiempo y si hubiera esperado, como era natural, un contingente de siete mil hombres que venía del Sur, la victoria habría sido indudablemente de Balmaceda, “porque Dios proteje a los malos—cuando son más que los buenos”. A consecuencia de ese accidente, enteramente casual, el mando de las fuerzas gobiernistas quedó entregado a dos generales de poco talento, viejos, diabéticos y que estaban en malas inteligencias entre sí. Todavía más, el joven Bañados Espinosa, quiso ser el Carnot



Don Marcial en uno de sus acostumbrados paseos al Cerro Huelén.

de la época, y fué a los campos de batalla como consejero de los generales.

Tan independiente y tan imparcial fué mi conducta durante la guerra, que el teléfono de la revolución estaba en los altos de una casa próxima a la mía, habitada por don Domingo Munita, en situación tal que yo, desde mi butaca, oía todo lo que se decía; y la primera vez que me encontré con Munita, saliendo yo de mi casa, le previne que hablaran más despacio, porque yo oía todo lo que decían.

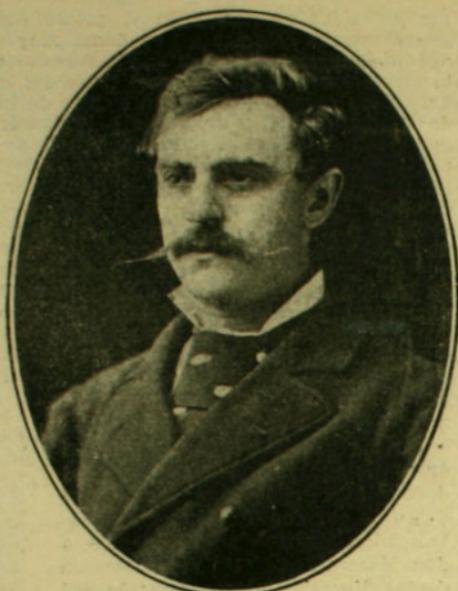
El día de la entrada de las tropas victoriosas, tuvo lugar el inolvidable saqueo. Como he dicho a Ud. al principio, yo no puedo hablar de muchos hechos, circunstancias y episodios, que sólo tendrían cabida en una Memoria de Ultratumba. Ese día me paseé con el caballero belga señor Montenaeken por todas las calles de Santiago, y presencié muchas indecibles escenas.

Aquí cabe que yo haga una confesión que, hasta ahora, no he querido formular. Ella es que, cuando tuve pruebas irreargüibles

de que, si hubiera triunfado Balmaceda, por medio de su "alter ego" el general Velásquez, éste habría sido el Presidente y no don Claudio Vicuña. Ante la expectativa de una dictadura militar, que nos habría colocado a la altura de Venezuela, de Méjico, etc., yo concebí, en el fondo de mi alma, la idea de que no convenía al país el triunfo de Balmaceda.

Supe que se había discutido, en una camarilla revolucionaria, si yo debería ser saqueado y que se habría resuelto la negativa por varias razones, y, entre ellas, por dos, a saber: que yo no había querido aceptar los Ministerios que se me habían ofrecido y que tampoco había admitido la clase de Derecho Romano que el Ministro de Instrucción Pública de entonces vino a mi casa a poner a mi disposición. Pero eso no quitó que una persona, que se daba por amiga mía y que aún está llena de vida, hiciese señas a una numerosa poblada, que pasaba por frente de mi casa, estando la puerta abierta, que invadiese ese domicilio. Yo vi la mímica como estoy viendo mi escritorio.

Caído el partido balmacedista, le presté todos los servicios que estaban a mi alcance. Lo mismo, exactamente lo mismo y quizá con mayor energía, habría hecho en favor de los contrarios, que eran todos amigos míos. Durante la guerra aconteció que



Señor Alejandro Martínez Cuadros.



Un rincón de su sala de trabajo.

la casa de Besa y Compañía, tuvo no sé qué contraste que requería que se gestionase en el Gobierno el allanamiento de algunas dificultades. Como era creencia general que yo tenía influencias en la Moneda, vinieron a verme, para encargarme, la gestión del negocio. Contesté que no era persona grata y que yo no acostumbraba acercarme a las oficinas por asuntos administrativos.

Guiadas las gentes por el mismo concepto de que yo podía hacerme escuchar en las esferas gubernativas, formaron el plan de nombrarme, en unión de don Alvaro Covarrubias, en calidad de negociadores amistosos, para que hablásemos con Balmaceda y después nos trasladásemos a Iquique, a efecto de ajustar una componenda política, que pudiese término al conflicto. Llegó a mis oídos que el señor Covarrubias, con quien yo había cultivado las más amistosas relaciones, desde que fuimos colegas de rectoría, había manifestado desconfianza respecto de mi persona, porque suponía que tiraría la cuerda en favor de Balmaceda, siendo así que él era un revolucionario intransigente. Me bastó esto para contestar a los que vinieron a verme que yo no aceptaba la misión, que se quería conferirme. Sabido esto por Balmaceda, me mandó suplicar que le hiciese una visita. Fui a la Moneda y me recibió en el salón de la casa, no en su despacho. Ahí me explicó la situación en que se encontraban las cosas, y concluyó con estas textuales palabras: "Si yo entrara en transacciones, sí, por ejemplo, formase un Ministerio de administra-

ción, compuesto de tres personajes revolucionarios de entre los más prominentes y de tres partidarios míos, tenga Ud. por cierto que yo no saldría vivo de la Moneda."

Mi conducta fué la que correspondía al valor cívico, que siempre he desplegado en todos los actos de mi vida. Defendí a los caídos ante los Tribunales, sacando a muchos de las prisiones y poniendo en salvo la fortuna de otros, mientras tanto las gentes obsecadas y ofuscadas trataban de boicotearme social y profesionalmente. Recuerdo un hecho que me dejó la más ingrata impresión, cual fué que, habiendo ido a la Legación de España en donde se encontraron refugiados quince o veinte de los caídos, con quienes yo necesitaba hablar para organizar la defensa, el *ataché* militar, coronel Osma, que estaba a cargo de la Legación, me recibió de la manera más impertinente y ofensiva, lo que tuve que tolerar, porque de otra manera las puertas me estaban cerradas.

A raíz del triunfo de la revolución, tuvo lugar la elección del Congreso; y en esa batalla se unieron para darme el triunfo como senador por Santiago, los liberales, a los cuales yo pertenecía, los radicales y los balmacedistas. De esta manera quedó limpia la pretendida mancha del dictatorialismo, que los ignorantes, los malquerientes a los maldicientes, me habían impuesto.

Con este motivo, le voy a referir un incidente muy curioso, que demuestra hasta qué punto pervierte el criterio la pasión política.

Don Eulogio Allende, de quien he hablado arriba, y que era mi cliente por espacio de muchos años, escribió un folleto, con el objeto de comprobar que el régimen político de la Constitución de 1833 era híbrido, que participaba del sistema presidencial y del parlamentario, pero que predominaba el primero, a semejanza del norte-americano, y que, como el gobierno de las naciones se rige, en gran parte, por la práctica, como en Inglaterra principalmente, parecía muy conveniente que, en Chile, se diese preferencia al sistema de los Estados Unidos. El señor Allende me obsequió con toda solemnidad, un ejemplar de su folleto, acompañándolo de una carta, en que me suplicaba que le diese mi opinión, acerca de su trabajo. Este procedimiento probaba, hasta la última evidencia, que yo no mantenía inteligencias con los balmacedistas y ni siquiera con mi amigo Allende, puesto que, a haberlas tenido, este caballero habría explorado mi opinión antes de ponerse a escribir y no me habría mandado un ejemplar de su obra impresa, con toda la etiqueta que emplean los autores. Yo contesté que el trabajo estaba bien pensado y bien redactado y que mi opinión era que el sistema americano era preferible al parlamentario, tanto más, cuanto que éste estaba tristemente desnaturalizado.

Don Eulogio hizo acto de cortesanesco al llevar mi carta a don José Manuel Balmaceda, dejándola en su poder.

El día de los saqueos, fué violada toda

la parte de la Moneda, que servía de habitación al Presidente, y en el saqueo fué comprendido principalmente el archivo de don José Manuel.

Mi carta cayó en manos de don C. C., quien la leyó, en pleno Club de la Unión, para comprobar que un hombre, que optaba por el régimen de Gobierno de los Estados Unidos, no podía menos que ser dictatorial furioso; y que todavía era más grave el haber manifestado esa opinión en carta dirigida a don Eulogio Allende.

Es de advertir que, cuando don José Alfonso fué, acompañado de su hijo don Paulino, a Norte-América, en desempeño de una misión, redactó, no recuerdo bien si una nota o un artículo de diario, que fué extensamente publicado en Chile, en que preconizó entusiastamente el régimen presidencial; y esa opinión no causó escándalo a nadie.

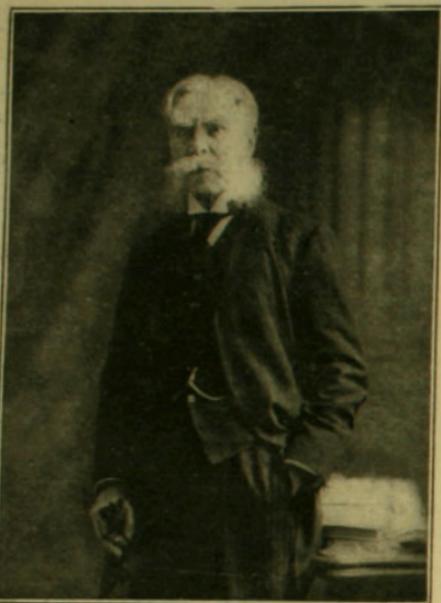
Cuando los radicales me hicieron el honor de acompañarme, para conferirme la senaduría por Santiago, un diario de esta



Srta. Victoria Martínez, hermana de don Marcial

ciudad salió armado de punta en blanco en mi contra, a excitar el chavinismo de aquellos caballeros, mostrándoles mi carta y diciéndoles que un hombre, que prefería el sistema americano al parlamentarismo, era indigno de los votos radicales. Felizmente, éstos no hicieron el menor caso de esa intimidación y contestaron al diario: *vade retro Satanás*.

Encontrándome en pleno ejercicio del cargo de senador, ocurrió la elección de don Rafael Errázuriz, para ocupar una senaduría. Resultó que le faltaban a ese caballero algunos días para tener la edad requerida para el ejercicio del cargo. El Senado debía hacer la calificación de la elección y las fuerzas de los partidos contendientes estaban equilibradas; el triunfo dependía de mi voto. Errázuriz me dirigió una carta, en que recordaba la amistad que yo había cultivado con su padre y la que nos ligaba a nosotros dos. Le contesté inmediatamente que en materia de principios yo no transigía por ningún motivo. Que, por otra parte, él era conservador y yo liberal, lo que me impedía hacer acto alguno de complacencia. Le agregué que si yo fue-



Uno de los últimos retratos de don Marcial

ra inglés sería conservador, pero que en Chile el vocablo conservador era sinónimo de clerical, razón por la cual ese partido debía llamarse francamente católico. En este estado las cosas, vino a verme don Enrique Salvador Sanfuentes, para decirme que se rugía que yo iba a votar en favor de Errázuriz y que, si tal cosa sucedía, yo me cerraba las puertas del Senado. Le repuse que hacían dos o tres días que había dado contestación negativa a una solicitud del señor Errázuriz; y que, por lo que tocaba a mi nuevo ingreso al Senado, ni lo esperaba ni lo deseaba. El señor Sanfuentes me replicó: "Quiéralo Ud. o no lo quiera, nosotros nos consideramos obligados a llevarlo al Senado y se lo impondremos."

Para verdades el tiempo. Cuando murió don Carlos Walker, senador por Santiago, me proclamaron todos los liberales; el partido conservador no quiso oponerme candidato, y el liberal democrático me puso a un caballero, que era virtualmente de los caídos y que además tenía tinte conservador. Yo comprendí, en el acto, que el triunfo tendría que ser mío, pero que me costaría quizá cincuenta o más mil pesos. Yo he tenido como regla de conducta y como principio teórico, no gastar, para echarme una carga encima, sino lo que sea legítimo, en toda contienda electoral, pero no comprar votos y emplear agentes de mala ley. Renuncié la candidatura; fué elegido por los liberales en mi lugar, don Javier A. Figueroa, quien triunfó, habiéndole costado cerca de cuarenta mil pesos la función. Así

fué como el partido liberal democrático me cumplió la promesa de imponerme una senaduría. Tuve en esa época ocasión de hablar con don Aníbal Sanfuentes sobre la manera cómo me habían tratado él y sus amigos, por quienes yo había hecho sacrificios de todos géneros en los momentos de conflictos para ellos. El señor Sanfuentes me contestó que ellos habían tenido que ceder a las quejas de la persona, a quien habían conferido la candidatura, porque decía ese señor que nunca su partido le había ofrecido nada y que la mayor parte de los que habían contribuido a ese acuerdo tenían simpatías por mí y que yo vencería a mi contrario con la mayor facilidad; pero que había resultado que don Marcial Martínez no era hombre de combate, como ellos se lo habían imaginado." Contesté a don Aníbal que yo no compraba cargos parlamentarios, pero que siempre había contribuido a la elección de otras personas con cantidades más o menos considerables. Desde entonces he quedado fuera del Congreso, no habiendo querido aceptar, por diversas razones, cuatro candidaturas que se me han ofrecido.

Con lo expuesto, creo haber dejado bien en claro cuál fué la actitud que yo observé en la guerra civil de 1891, y cuál es el grado de amistad y simpatía o de homenaje



Srta. Lastenia Martínez, hermana de don Marcial

a los principios que han de prestarme los partidos que entonces lucharon. Hoy podrá decirse si estuve o no, en aquella época, en el terreno de la justicia y de la verdad. La inmensa reacción, que se ha operado, en favor del partido caído, perseguido y bafado, no puede menos que causar admiración y estupor en todos los espíritus conscientes. El partido que encabezó aquella revolución es el que ha cantado la palinodia estableciendo así un precedente desconocido hasta hoy en la historia política de este país. Espero que la buena estrella de Chile nos saque con felicidad a la ribera.

Las luces del día se han ido apagando poco a poco en los cristales de la ventana. Ya no se columbra afuera y por sobre un tejado vecino, el pedazo de cielo de hace un momento. La penumbra suave confunde en el escritorio los objetos. Han entrado en la sombra las estanterías repletas de libros, los amplios sillones, los retratos que parecen conversar desde los muros. La voz de don Marcial se ha apagado de repente, después de hablar tres horas consecutivas. Una paz llena de misterio nos inunda. Los ruidos de la cercana calle del Estado vienen a turbar de cuando en cuando la tranquilidad de la hora sedante. Poco a poco se va ese instante, ese último recuerdo del día que aún queda prendido entre dos luces: hora propicia al ensueño, al recogimiento y a la meditación. Mas, he aquí que de pronto se ilumina en la calle un foco y luego la luz se derrama en un torrente en el interior de la pieza. El encanto de la hora ha pasado. Don Marcial calla. Nos alzamos de nuestro asiento para despedirnos. Entonces don Marcial nos dice:

—¿No le decía yo que necesitaría por lo menos un día para contarle algo?...

—Sin embargo—le replicamos—con gusto quisiéramos transcurrir muchas jornadas más como ésta de hoy, en que se ha abierto ante nosotros el encanto de una época ida, con sus hombres y sus tragedias. ¡Si nuestra historia pudiera animar las cosas pasadas como Ud. lo hace en la charla!

—Pero todo esto me fatiga mucho y crea Ud. que a mi edad esto significa un *tour de force*.

Cuando descendemos la escalera de la casa ya la calle resplandece completamente iluminada. La paz se ha quedado con la sombra propicia a la tranquilidad de la pieza que animan los libros y donde don Marcial vive sus días engolfado entre sus autores favoritos: allí están, cerca de él.



Don Marcial Martínez acompañado por el doctor Arturo Valenzuela.

Suart, Mill, Emerson, Taine, Carlyle, Michelet, fieles compañeros en el aislamiento epicúreo de su vida tranquila.

Afuera el bullicio aturde. Nos perdemos entre la multitud de la calle como en un laberinto sin salida...

